

Ojos de Angelita.

La fila de las niñas iba hacia el salón de actos y la de los varones a la Biblioteca. Cada uno de los niños debía parecerse uno detrás del otro y tomar distancia con el brazo extendido. Angelita firme de pie, con sus piernas de flamingo, frente al salón de 6ª, observaba atentamente.

Toda la escuela estaba ocupada en la tarea.

*“No se olviden traer el carné”*, les había advertido la madre, más temprano.

Allí parado entre sus compañeros le vino una urgencia, un temblor intenso, sabía que era de las que no se solucionaría con pedir para ir al baño. Era algo más hondo, más profundo. Rompió filas y fue a buscar a su hermana.

— *¡Vámonos!*

Sin dudarlo, Ana lo siguió. Fueron hasta su salón, doblaron sus túnicas y las dejaron prolijas en los respaldos de sus asientos. Los portafolios quedaron con las hebillas cerradas bajo el banco.

El portero Garay con sus cejas canosas de mandril tierno no los vio salir.

Cruzaron la calle y fueron hasta la avenida. No caminaban de la mano, sino tomados como si cada uno fuera el lazarillo del otro.

*“¿Ya te animaste? ¡Sos un campeón!”*, decía un cartel publicitario, con los colores de la bandera patria. Otra de las señas patrióticas de la dictadura.

Subieron a un trolley de los azules. Creyeron que era el 60 que tomaban todas las tardes cuando el padre los iba a buscar para volver a casa. Se sentaron en la parte del medio.

En silencio, miraban todo lo que podían. A esa hora de la tarde casi no viajaba nadie.

José le señaló con la mirada a Ana el cartel que estaba colgado sobre la puerta. Había un niño rubio con cara de miedo, lloraba con el brazo extendido.

Se bajaron temblando asustados.

*“Es solo un segundo, van a ver”*, les había dicho la madre más temprano.

Asustados cruzaron corriendo 18 de Julio. Un Fiat 500 por suerte los vio y frenó justo a tiempo con un chirrido de ruedas. Los hermanos no soportaron más y se pusieron a llorar de miedo.

— *¿Están solos?* — preguntó preocupada la conductora.

— *¡Sí!, nos escapamos de la escuela* —dijo José llorando.

— *¿Y a dónde están yendo?*

— *A ningún lado* —dijo Ana.

—*Suban que los voy a llevar a la escuela* — señalando el auto rojo — *yo también fui al Varela y seguro que no pueden estar solitos en la calle.*

— *¿A la escuela?* —dijeron los dos a la misma vez con resignación.

Garay no podía creer verlos entrar. No entendía cómo aquella señora que conocía desde que era una niña, traía a dos alumnos tan tarde.

Las filas habían avanzado y enseguida les tocó a ellos. Sólo se escuchaban llantos y gritos. Alicia y Mireya, las maestras de Primero abrazaban y consolaban a todos los que podían. Todo estaba impregnado con el olor a alcohol rectificado y por la mirada controladora de Angelita.

*“Pero si no duele nada...”*, les había dicho la señora del auto.

Al acercarse José pudo ver a dos señoras enormes vestidas de blanco, una agarraba al niño de turno y lo sostenía abrazado sentado en su falda, mientras que la otra con una mano le extendía el brazo y con la otra disparaba la vacuna. Esa pistola era más cuadrada y grande de las que veía en las jugueterías.

Desde ese día odia las armas.

Fue solo un segundo, pero la marca duraría para siempre en el brazo.

Lo sintió como una ejecución.

*“¿Te vacunaron nomás?”*, preguntaban en la televisión.